

La tríada de 60 años.

Del Australopithecus y otros desplazados por la violencia

The triad of 60 years. Of Australopithecus and others displaced by violence

Fernando Flórez González

Universidad del Valle. Cali, Colombia
fernando.florez@correounivalle.edu.co
<https://orcid.org/0000-0002-1456-8057>

Eugenia Mora Olarte

Universidad del Valle. Cali, Colombia
<https://orcid.org/0000-0002-1608-5243>
eu.olarte@gmail.com

Cómo citar: Flórez, F. y Mora, E. (2022). Del Australopithecus y otros desplazados por la violencia. *Opinión Pública*, (18), 38-49. <https://doi.org/10.52143/2346-1357.964>

Resumen

Este escrito tiene como objetivo presentar los diversos relatos biográficos de seis desplazados por la violencia, mediante una narrativa general de ficción sociológica. Reúne, en una sola protagonista, las decisiones, los hechos y las circunstancias que llevaron a estos seis individuos a desplazarse hacia los centros urbanos de Colombia. Los autores parten de la idea de que “aquello que se analiza sociológicamente en lo colectivo también puede ser aplicado en el proceder subjetivo”; construyen, a través de Doña Lucy¹, mujer de 60 años desplazada por la violencia, un relato inspirado en seis entrevistas y la noción de “sensibilidad sociológica de la experiencia personal”, de Danilo Martuccelli. Esta interpretación biográfica y sociológica se configura como “una ficción - no ficción” de vida, cuya estructura escrita apunta a congrega los relatos de diversos sujetos para dar sentidos etnográficos a las nociones de conflicto armado, movilización y desplazamiento forzado.

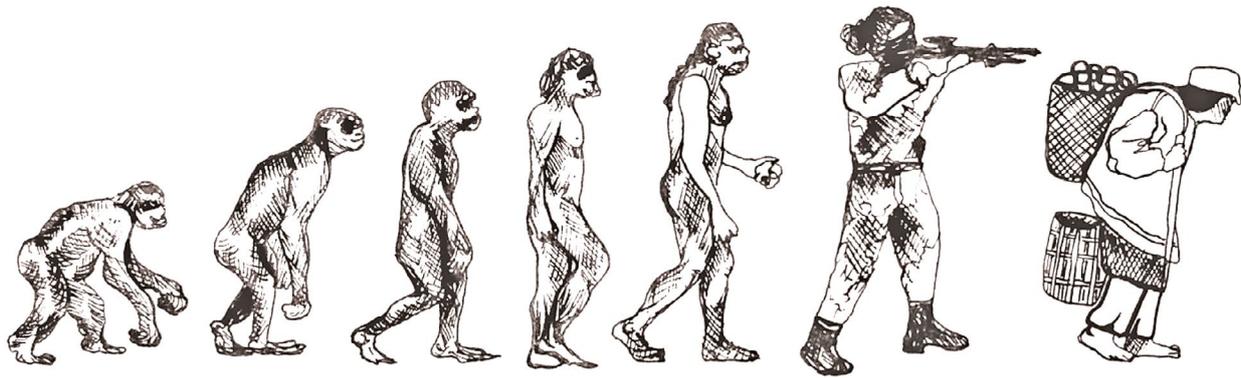
Palabras Clave: conflicto armado, desplazamiento, ficción, no-ficción, sociología del individuo, territorio

Abstract

This paper aims to present the diverse biographical accounts of six individuals displaced by violence through a general narrative of sociological fiction. It brings together in a single protagonist the decisions, events and circumstances that led these six individuals to move to Colombia's urban centers. The authors start from the idea that “what is sociologically analyzed in the collective can also be applied in the subjective proceeding”; they construct through Doña Lucy, a 60-year-old woman displaced by violence, a story inspired by six interviews and the notion of sociological sensitivity of the personal experience of the Peruvian sociologist Danilo Martuccelli. This biographical and sociological interpretation is configured as a fiction-non-fiction of life whose written structure aims to bring together the accounts of various subjects to give ethnographic meanings to the notions of armed conflict, mobilization and forced displacement.

Keywords: rmed conflict, displacement, fiction, non-fiction, sociology of the individual, territory

Figura 1. De la primera homínida en caminar y la última en querer hacerlo



Fuente: Elaboración propia

“La política en Colombia ha sido de escritorio y el conflicto armado ha sido de caminantes”

Fernando Flórez González

Introducción. La tríada de 60 años: Doña Lucy, la sociología y el conflicto armado en Colombia

¿Cómo comprender la categoría de desplazamiento forzado cuando el desplazado se rehúsa a identificarse con este rótulo académico e institucional? ¿Cómo describir las trayectorias de los desplazados por la violencia sin revictimizarlos por medio de los enfoques estructurales? ¿De qué modo se puede hablar de desplazados por la violencia cuando el desplazado positiviza la oportunidad de migración a la urbe? Estas preguntas se convirtieron en el eje central de esta indagación. Primero, porque surgieron como una exploración etnográfica del desplazamiento forzado en una etapa de “posconflicto” en nuestro país, creyendo la posibilidad de una inexistencia de desplazamiento; segundo, porque a medida que se realizaron los encuentros con los y las informantes, la categoría de “desplazamiento forzado” se desvaneció y permitió comprender, en un principio, la necesidad de resignificación del desplazado. Un individuo que se autoreconoce como “caminante obligado” y una vez se instala en la urbe se autodenomina como otro sujeto y desea ser reconocido como otra cosa (Suárez, 2003).

Si bien existen relaciones entre los detonantes estructurales y hechos coyunturales del desplazamiento forzado, como lo expresa la doctora Adriana Gil (2015), las trayectorias individuales y las transformaciones de la subjetividad de los desplazados quedan anquilosadas a una categoría inamovible y ralentizante de sus proyectos de vida, a saber, el/la desplazado/a. Entonces, ¿cómo dar cuenta de estas nuevas concepciones que fragmentan e individualizan las nociones del desplazamiento forzado y el/la desplazado/a por la violencia? ¿Qué significado tiene la marcha forzada para el desplazado en su individualidad? El desplazamiento forzado en Colombia ha sido comprendido como la categoría estructural cuyas consecuencias sociales superan a los individuos (Gil, 2015). A partir de esta concepción devienen denominaciones colectivas para quienes han sufrido tales situaciones y, dadas las expresiones del conflicto, cómo el Estado debe repararlos y acompañarlos en su proceso de reajuste social.

Esta indagación evidencia cómo la identificación institucional de los individuos, ya sea desde el conflicto armado o la academia, es debatida por las trayectorias y experiencias de vida de todos y cada uno de los implicados en situaciones estructurales

específicas. Por otro lado, describe cómo en un momento determinado existió una aceptación de la categoría de “desplazados por la violencia” por parte de los implicados, y cómo cada uno de ellos, con el tiempo, rechazó esta categoría e indicó que, aunque fueron desplazados, ya no lo eran. Los tres hombres y las tres mujeres entrevistadas fueron conscientes también de que han hecho parte de programas de reparación de víctimas cada vez que el Estado promete un auxilio económico; pero, una vez reciben este tipo de apoyos, se rehúsan a seguir siendo victimizados, a partir de expresiones, como “yo fui pero ya no soy”.

Por lo anterior, el relato que resulta de esta indagación se nutre de las nociones de “territorio”, “desplazamiento”, “conflicto armado” y “progreso” de cada uno de los entrevistados/as. Se escogieron 6 personas de edades y géneros diferentes; de este modo, fue posible completar, por décadas, las experiencias de vida de la protagonista de la historia titulada “De la primera homínida en caminar y la última en querer hacerlo”. Estos grupos de vida se definieron de la siguiente forma: las trayectorias y las apreciaciones de una niña de 10 años; una madre cabeza de hogar de 20 años; un artista callejero de 30 años; un hombre vigilante de 40 años; un hombre carnicero de 50 y una mujer sexagenaria.

De acuerdo con el sociólogo peruano Danilo Martuccelli, los/as sociólogos/as deben contar historias; también deben contraatacar la idea común de que “La sociología cuenta lo que todo el mundo sabe en palabras que nadie entiende”, es decir, que si un sociólogo se compromete con visibilizar y comprender el proceder social debe, como mínimo esfuerzo, hacer que otros visualicen y comprendan eso que se ha descubierto. Aprovechando esta premisa y con el ánimo de hacer explícito este proceder, el de contar historias, presentaremos apartados de la historia de “ficción- no ficción” de Doña Lucy, seguidos de análisis propios de la sociología del individuo, que propicien perspectivas emocionales de las nociones de “desplazamiento” y “desplazado/a” por la violencia.

El texto está construido en colectivo y reúne los aspectos que cada informante quiso compartir con los autores. Todos los participantes fueron informados de la socialización de los apartados de sus trayectorias de vida y permitieron que se proyectaran sus experiencias de vida en la historia de una sola mujer, llamada “Doña Lucy”, esto les aseguró el anonimato que exigieron sin silenciar sus percepciones. Los diálogos, los pensamientos personales y las anécdotas son selecciones de los seis sujetos que configuraron esta historia, esto significa que cada apartado expuesto fue producto de una decisión conjunta entre los/las entrevistados/as y los/as entrevistadores/as.

Una sola casa y una casa solamente

Imaginemos que la casa en la que vivimos está hecha desde sus cimientos por un esfuerzo familiar generacional. Esto significa que la casa se construyó gracias al trabajo de abuelos, abuelas, padres, madres, tíos, tías, hermanos y hermanas. Esta casa se ha expandido con un gran patio y más de 5 habitaciones, puesto que el esfuerzo que ha significado su elaboración permite que otras familias vivan al interior de ella. Esta casa tiene un terreno que, aunque no está limitado, las personas que colindan con la casa saben hasta dónde llega la propiedad.

En esta casa los aromas son diversos; hay olor a vacas, gallinas, arroz quemado, sudor, en definitiva, la casa huele a monte. Todos los que viven allí saben sus rutinas diarias, las horas de regreso a casa y las horas de trabajo, el tiempo para cultivar y las horas de comida. En esta casa todos tienen un espacio determinado; hay quienes son ordenados, quienes extienden sus pertenencias y otros que, simplemente, no tienen mayor cosa.

Esta casa se ha convertido en un lugar seguro de reposo, permanencia y providencia de recursos para los diversos grupos familiares que la habitan. Este espacio iniciado por unos y continuado por otros se convirtió en una extensión de los cuerpos que recorren este lugar. La casa es, sin

duda, una extensión de las hazañas corporales de cada individuo integrante del hogar. De ahí que unas habitaciones sean iluminadas, otras oscuras, algunas coloridas y otras monocromáticas.

Hasta este punto hemos asimilado que la casa se maquilla, se baña y se arregla como un integrante más de la familia. Las personas que aquí conviven generalizan sus alegrías y entierran juntos sus tristezas. La casa que imaginamos es la carta de presentación entre vecinos, el terruño, la cueva; es como el cuerpo: intocable, incomparable y definida por un contexto. Las normas de la casa no se dicen ni se recuerdan; cada uno y cada una sabe lo que hay que hacer y las horas en que las tareas se llevan a cabo. Hay peleas, vaivenes y desavenencias, pero aquí todos y todas saben lo que hay que hacer para seguir el curso de la vida. Todo esto está posibilitado por una casa, una estructura física que congrega, disgrega y moviliza un grupo humano. La casa es la meta, el objetivo, el sueño, la herencia.

Lucy desde muy pequeña sintió la necesidad de caminar, por mucho años, le costó poder erguirse, pero cada paso que daba era de una inenarrable satisfacción. Agarraba con sus manos lo que encontraba en el suelo, lo llevaba consigo entre sus dedos mientras sacudía su cuerpo de un lado a otro sin soltar las ramas, los huevos o el “nuevo juguete”. Siempre se recuerda como una niña impaciente; si la sentaban o la subían a un árbol, ella buscaba la manera de bajar y andar. Esto le causó memorables anécdotas, como aquella vez que un vecino del pueblo quiso raptarla y llevarla lejos de su casa, pero la familia de Lucy logró desmontar el intento dándole palazos y patadas al señor que decía –adolorido– que lo único que quería era “darle un dulce a la niña”. Fue víctima en incontables ocasiones de congéneres mayores a ella que, como ella misma dijo: “la tocaron de manera inapropiada”. Las peleas entre vecinos eran tales que la mayoría salían heridos y muchas de estas heridas eran fulminantes. Recuerda cómo tuvo que defender su casa en brazos de su madre y la fiereza de la misma la incitaba a gritar y tambalearse como a manera de protesta. Admiraba a su madre y a sus hermanos; todos ellos defensores vehementes de la casa que los abuelos habían escogido y adecuado.

Caminaba kilómetros a la redonda del asentamiento de su familia y sentía que todo ese terreno le pertenecía; nunca hubo advertencias, más de un susto sí, pero todo esto le hacía sentir la obligación de recorrer su hábitat con una serenidad que, al día de hoy, recuerda con zozobra. Una noche vio desde las ramas de un árbol que se acercaba hacia su casa una masa negra, casi imperceptible, aunque tenía sólo siete años recuerda vívidamente que la sensación de inquietud no fue mayor que la de angustia. La “masa negra” como ella le llamó era conocida por sus padres de otra manera, así que, una vez dentro de la casa los familiares reunidos y silenciosos dejaron que aquella mancha pasara por la propiedad y se instalara en las afueras.

Lucy indicó que la mancha se volvió un grupo de personas y aunque nunca había visto de cerca un arma ya sabía que aquello que llevaban en las manos podía causar daño. Uno de los que, al parecer, lideraba el grupo se dirigió al padre y la madre con voz recia y dijo “Tienen 24 horas” “¿24 horas para qué?” – Pensó Lucy en los próximos minutos. Sin embargo, vio a su padre desplomado en una silla con su hermanito en brazos y olvidó esa pregunta. Su madre caminaba impaciente por la casa, recorría las habitaciones, miraba a los tíos y a los abuelos, se agarraba los cabellos y secaba sus lágrimas con ira.

Lucy no recuerda bien cuánto tiempo había pasado desde la primera visita, pero sí recuerda lo que dijeron en la segunda. Un hombre y una mujer llegaron, aproximadamente, una hora después de la primera vez que visitaron la casa y le dijeron con gritos a su madre: “Ya no son 24, si no 2... tiene 2 horas para salir de su casa”. Esta vez Lucy ya sabía por qué su padre no había podido moverse de la silla, esa frase le había congelado tanto como a ella; salir de la casa, pero ¿por qué? ¿No nos podemos quedar? ¿Nos podemos llevar cosas? ¿Quién va a vivir ahora en la casa? ¿Me puedo llevar los juguetes?

En todos los/as entrevistados/as el recuerdo de la casa es una variable constante en sus discursos. Recuerdan las ollas que dejaron en la estufa, la ropa que no pudieron llevar consigo y los animales que tuvieron que abandonar. La casa es para los desplazados el lugar añorado, a la vez que, un lugar

abandonado que habla más del informante que los análisis de las dinámicas del conflicto armado. En las casas se quedaron no sólo los objetos personales, sino también el tiempo, el dinero, las relaciones amorosas, los diseños co-creados y los estilos de vida irrecuperables. La casa para la mayoría de los individuos es un lugar en el que se resguarda la vida, en el que se prolonga el descanso y en el que la individualidad aflora. La casa es un lugar de protección y validación de los comportamientos íntimos, privados e intocables.

El lugar en el que los individuos se instalaron o construyeron su casa, para este caso, no significó una evaluación de peligrosidad o riesgo previo. Llegaron al lugar con ánimos de prolongar su estadía, crearon establos, cocinas, patios y parcelas que les permitiera quedarse hasta que lo quisieran; no llegaron a esos lugares con el conocimiento de que en cualquier momento se desataría un conflicto. Por ende, la desesperación y la angustia de no poder contener el trepador ataque de los grupos armados al margen de la ley.

Frases como “Yo quiero es un lugar seguro, no una casa en donde alguien me diga a las 2 de la mañana que tengo dos horas para irme”, evidencian los deseos de aquellos que fueron despojados de sus rutinas, de sus objetos preciados, de sus camisas, sus faldas y sus zapatos, de las mascotas que les acompañaron desde pequeños y de los familiares que al rehusarse a abandonar sus casas fueron sepultados junto con sus hogares.

De acuerdo con la trabajadora social e investigadora del Centro Nacional de Memoria Histórica, Martha Nubia Bello Albarracín, un desplazado o desplazada por la violencia es una persona gastada, doblemente victimizada por el Estado y los grupos armados al margen de la ley; es un individuo/a magullado/a y encallado/a no sólo en sus pies sino también en su espíritu (2020). Son individuos/as que crearon y fortalecieron algo como propio que, a la postre, les fue despojado sin escrúpulos por otros individuos; que, entre tanto, pierden la confianza en sí mismos/as y se

arrojan a la asistencia. Pero también se encuentran sujetos que, tras difíciles situaciones de violencia y destierro, superan las condiciones estructurales del conflicto e instauran, obligatoriamente, un cambio de mentalidad y proceder en sus vidas ¿Qué podemos aprender de estos individuos? ¿Cuáles serían, de acuerdo con ellos, las auténticas reparaciones a un/a desplazado/a por la violencia que no ha podido instalarse?

Memoria terca

Los problemas diarios de un desplazado son irreductibles. Cuando una persona del común puede ir al baño y sentarse plácida sin la incomodidad de ser vista, sabe con seguridad que encontrará el papel higiénico, la toalla y el jabón para lavarse y seguir con su rutina. Los desplazados, por su parte, dormitan, comen y defecan en una marcha inagotable en la que todo deben hacerlo juntos; el temor a ser observados y perseguidos es algo que se suma al infortunio de recordar que hace un par de horas o días tenían un lugar donde hacer todo lo que ahora no pueden, cosas tan elementales como dormir y comer se convierten en una pesadilla. En la marcha inagotable se mueren los abuelos, se enferman los/as niños/as, las madres que amamantan se desmayan y los perros persiguen los camiones en donde va la familia por horas o días, hasta que sus patas no dan más. Caminar para los/as desplazados/as no es, hasta este punto, divertido. En su mayoría, son personas acostumbradas a la marcha, pero una marcha por comida, por visita y por vigilancia, es más, una marcha por esparcimiento es un proceder incorporado de responsabilidad familiar. Cuando se obliga a otros a abandonar su marcha, su habitar y su convivencia incorporada, el rencor, el dolor, la venganza, la fantasía violenta afloran cuando se desconocen las actitudes de los que en algún momento fueron conocidos.

Lucy reconoció en la “mancha oscura” a la vecina que, para un diciembre, mató al puerco que estaba engordando su mamá. Era una vecina alegre que, en diversas ocasiones, le había enseñado a su hermana a preparar sancocho. El

padre luego de recobrar las fuerzas le preguntaba una y otra vez “¿Por qué!, nosotros no le debemos nada a esa gente”. El porqué de su papá desesperado, agitado y casi moribundo, marcó por mucho tiempo la memoria de Lucy. El agua de yerbas que había preparado la mamá para que su papá tomara había quedado intacta en la mesa, justo después de la segunda visita. Ese vaso nadie lo recogió, como tampoco los zapatos más bonitos de Lucy, ni el gato tuerto al que su hermana le había amarrado una cinta azul y llegaba en las noches a pedir comida.

Si la sociología del individuo les explica a los actores sociales los problemas que viven a diario en una determinada sociedad con el ánimo de comparar y rescatar alternativas de comprensión social, tal y como los libros de autoayuda, pero sin el enfoque psicológico, la historia de Doña Lucy — más que una historia de autoayuda y aunque tenga componentes de superación— es una narrativa que revela las interacciones, las representaciones y las circunstancias de manera puntual y concreta en la vida de una desplazada por la violencia. De acuerdo con Martuccelli, “la gente nunca va a comprar el pan en Marx, la gente nunca va a una fiesta en Weber y la gente no tiene los hijos en el colegio en Durkheim”. Esto significa que la verdadera trama de la sociedad, las interacciones de los individuos en una sociología estructural, no estará completa si no comprende que la esencia de lo social reside en los cambios subjetivos propiciados por las interacciones sociales (2019). Las decisiones más efímeras y las tramas más insignificantes corresponden a cambios estructurales simultáneos; es decir, mientras Doña Lucy decide no ser madre, la marcha obligada que vivió a lo largo de su vida la impulsa a ver en la maternidad la única forma de arraigarse en un lugar.

Lucy pensó que podía hacer casas como su abuelo. De hecho, estos fueron los deseos que le confesó a su padre antes de que él muriera: “Yo quiero estudiar algo que me permita hacer casas, porque el baño de la casa de mi abuelo quedó muy pequeño”. Enamorada de la cosecha de la papaya y de las “matas de flores amarillas”, Lucy era la consentida de su papá, de todos sus hermanos fue la que más interés tuvo por el estudio. Su papá, camionero de “pura sepa”, llegaba de sus largos viajes con cuadernos de

motivos alegres, lápices y lapiceros de todos los colores y le decía: “Mija, ahí le traje para que lleve”.

Cuando “la mancha” fue a darle el ultimátum a su familia, el papá de Lucy ya estaba enfermo, el golpe en el dedo gordo del pie nunca sanó y la familia decía que ese golpe se le subió al estómago. Durante el camino, hacia la casa de la tía Rosa, el papá ya estaba mostrando serios problemas de respiración; se quedaron una semana bañándose en una poceta con zancudos mientras su papá moría.

Lucy, de 14 años, comprendió que las cosas se iban a complicar con la muerte de su papá. La tía Rosa no los podía tener más tiempo porque también le había llegado “la visita”. Nuevamente, Lucy caminó trocha adentro para encontrar un nuevo lugar en el que pudiera comer y descansar; esta vez sin su papá, sólo con la compañía de sus hermanas y hermanos y su mamá, que no paraba de llorar en el camino. Lucy estuvo, para entonces, más atenta a los diálogos; en el trayecto veía que otras personas lloraban igual que su madre y, en especial, las mujeres gritaban de desesperación, lleoaban bebés en los brazos casi muertos, había que concentrarse para verlos respirar. Escuchaba entre la gente: “A su hermano Daniel lo mataron anoche”, “Él se quedó para que le devolvieran a su hijo”, “Les tocó salir porque si no se llevaban a Juanita”, frases que en ese momento generaron en Lucy un repudio indecible. Con el tiempo comprendió que era la misma historia repetida en todos sus vecinos, allegados y familiares.

Establecidos por un tiempo en el pueblo, y con tan solo 16 años, Lucy tuvo que lavar platos para comer. Vio, en distintas ocasiones, cómo su hermana Helena fue víctima de acoso del dueño del restaurante donde ambas trabajaban y cómo en una tarde un grupo de uniformados se sentó a pedir el almuerzo. Su hermana desesperada le dijo a ella que no saliera porque se haría cargo. Ese día su hermana lloraba mientras Lucy lavaba los platos; no fue capaz de preguntarle qué había pasado, pero sí fue testigo de un dolor inenarrable que acompañó por años a su hermana. Dos años después se dio cuenta de que ese grupo de uniformados que llegaron al restaurante la había tocado por todos lados y obligado a sentarse a almorzar con ellos o, de lo contrario, la mataban.

Estas interacciones o microinteracciones son las que permiten comprender los grandes cambios estructurales de la ciudad; los asentamientos y las invasiones de laderas son la narrativa visual de un pueblo que reclama un espacio y asume en la urbe una posición de arraigo aunque se atente contra sus vidas. Todos/as los/as entrevistados/as son personas que viven o vivieron en la periferia en “arquitecturas subnormales” (como los llama la Arquitectura) en las que, ocasionalmente, llegaron cartas, comunicados y panfletos mandando a “dormir a los sapos”. Saber que un día Doña Lucy decidió embarazarse para poder establecerse en una ciudad, aún sin querer, permite entender cómo un individuo prefiere anular decisiones consensuadas en su vida y reemplazarlas con otras, que superan sus deseos.

Los desplazados por la violencia están sujetos a un conjunto común estructural de poderes, pero ¿son los conceptos de política, violencia y autonomía aquellos que permitirán la comprensión de las trayectorias puntuales de los/as desplazados/as? Martuccelli indica que, en cada individuo, es posible observar, o son reflejo de los problemas estructurales de la sociedad, no de manera inversa como se procede en la sociología clásica; no es observando los grandes problemas sociales que se conoce el proceder humano, sino conociendo la individualidad que se matizan los aspectos sociales.

En la actualidad, y ante un mundo cada vez más dividido, la sociología produce y revela lo que es común (Martuccelli, 2019). Hay divisiones estructurales de clase, de género, de nación y existe una diferencia identitaria de consumos específicos, de los estilos de vida que combinan matices sociales diversos y difíciles de unificar. Así, el objetivo sociológico en este texto es darle un sentido de coherencia a la dinámica del desplazamiento, no a partir de la noción de “lo unitario”, sino a partir de la capacidad de explicar lo que es común. Lo común en la vida de los/as desplazados/as es el desasosiego, la zozobra y la angustia, pero también el deseo de mejorar la vida propia y la de sus familiares. Una “resistencia obligada” y una “marcha constante”.

Doña Lucy calcula que en su vida ha dado muchos millones de pasos. Ha perdido la cuenta de la cantidad de veces que se ha desplazado caminando entre ramales, charcos, humedales, caños, haciendas, selvas y monte. No sabe en qué momento el gusto por la ciudad se consolidó; solo sabe que la palabra “desplazamiento” se convirtió en su apellido y, cuando llegaba a una casa para pedir comida o auxilio, se presentaba como “Lucy, desplazada por la violencia”. Su madre repartió los hijos entre conocidos de los conocidos y se dedicó a vender carne en un pueblo del sur de Santander; sólo se quedó con la hija menor y un hijo que poco después fue muerto, confundido por el bando opuesto. Cuando Lucy llegó a la ciudad tenía 20 años, sabía escribir y leer como lo aprendió en la escuela de su pueblo, pero tenía temor de embarrarla cuando le pidieran escribir en algún banco o en alguna oficina de apoyo económico. Conoció a su esposo, justamente, en el banco en que iba a pedir un crédito. Vivió de casa en casa cocinando y arreglando apartamentos, su esposo le dijo que dejara de hacer eso que él se haría cargo de todo. Después del nacimiento de su primera hija se volvió violento y celoso, lo que impidió que Lucy pudiera seguir con sus estudios por radio. Ella se convirtió en la esposa y la madre abnegada hasta que su marido murió en un accidente de tránsito, no sin antes dejarla con tres hijos.

Cada individuo reclama una vida personal, a la vez que se considera dueño y creador de unas prácticas de vida que lo incluyen o lo ausentan de una vida colectiva nacional. La mayoría de los entrevistados/as no sienten esto. A partir de este punto de vista, todos/as somos individualistas porque somos celosos/as guardianes/as de las formas en las que hemos orientado nuestras vidas como queremos; el/la desplazado/a no orienta su vida como quiere, no aparece la “marcha constante” como una decisión en sus vidas; lo que se desencadena de este destierro no se decide, es una obligatoriedad. Y a ese ritmo, las familias que se forman después del desplazamiento parecen, más bien, tácticas o estrategias de supervivencia.

En el desplazamiento forzado no hay un volver a casa. Existe una sublimación constante del dolor y una resignación con el presente. De ahí que cada individuo acepte cualquier oficio que posibilite

su permanencia en el mundo: venta de galletas, danza en los semáforos, limpiar vidrios, exhibir a los hijos recién nacidos para mover las emociones y vender poemas sobre el sufrimiento, para comprar las galletas que otros desplazados venden. Cuando encuentran estabilidad, así sea enajenante, no se mueven más, se edifican alrededor de un empleo y defienden este puesto de trabajo porque significa un cese del desplazamiento.

Después de la muerte de su marido, Lucy se amigó con Stella, una mujer de quien aprendió a coser y tejer delantales. Le prestó en diversas ocasiones la máquina de coser, Lucy salía a los semáforos y ofrecía los delantales. Este negocio fue agotador y deprimente porque, en dos años de venta de delantales, no le alcanzó ni para comprar material nuevo. Tuvo que llamar a una de sus hermanas para que se hiciera cargo de sus hijos, mientras trabajaba en un parqueadero cerca a su casa. Lucy cuidaba taxis y carros particulares de trabajadores cercanos que, durante la hora del almuerzo, los dejaban en el área por una o dos horas. Esto la ausentó del almuerzo con sus hijos, pero garantizó la compra de alimentos para la familia. No se dio cuenta cuándo su hija menor empezó a usar los cubiertos y tampoco pudo llevar a sus otros dos hijos a la escuela. Dormía tranquila, pero con deseos de pasar más tiempo con sus hijos y sabía que el trabajo en el parqueadero no iba a durarle toda la vida.

Para los/as sociólogos/as, lo singular, lo único o lo particular no significa algo ejemplar u original, sino que esto supone que los seres humanos tienen un modo particular de acceso a la realidad social que permite una lectura de la dimensión existencial específica y, simultáneamente, de la sociedad. Suponiendo eso, cada una de las decisiones de Doña Lucy es asumida con la responsabilidad suficiente para ver, de cara a la realidad social, que aquello que necesitan sus descendientes es, justamente, lo contrario a su experiencia de vida (Martucelli, 2010). Los hijos de una desplazada ya no serán desplazados y esto se garantiza con la expropiación estructural de la subjetividad y el sacrificio de la individualidad. La ciudad para doña Lucy es el lugar de respiro, el descanso aclamado, el espacio prometido. Cinco de los/as seis entrevistados/

as desean continuar en la ciudad, y el/la menor de ellos/as es quien pide de vuelta el reencuentro con sus amigos y sus mascotas. Lo anterior, quizá por una cercanía en la memoria con los objetos personales y los animales domésticos. Existe, a todas estas, una emocionalidad viva en los/as niños/as desplazados/as porque es cercana, casi inmediata, su experiencia del destierro. En personas mayores existe una memoria en sincronía con el presente: “Fuimos desterrados hace 10 años, pero ahora vivimos aquí, todos tienen trabajo y aunque sean trabajos nocturnos o largos, sabemos que llegamos a casa y todos están ahí”.

Una marcha incesante

Doña Lucy pasó por diversos empleos; vendió chorizos de pollo, embutidos navideños y filetes de pescado en una cadena de supermercados de Cali. También, impulsó productos de belleza femenina en centros comerciales y le tocó probar en su piel los nuevos productos de Ponds y baba de caracol, para mostrar a posibles clientas las “maravillas del producto”; cosa que le sacó manchas en la piel y una memorable urticaria. Este último trabajo le hizo sentir deseos de aprender a maquillar y empezó a ahorrar para pagar sus estudios en una academia de belleza. Cuando llegó a la academia conoció a un profesor que la embelesó de inmediato. La forma en que trabajaba y los “cambios extremos” que hacía en otras personas la motivaron a estudiar peluquería. Después de un año se enamoró de su profesor y formaron una relación que duraría un par de años; empezaron a dictar clases particulares y motivaron a las estudiantes de la academia a que reforzaran sus conocimientos en la casa del “Maestro de maestros de belleza en Cali”. Esto les hizo perder el empleo en la academia, puesto que las directivas se dieron cuenta de que “el maestro” estaba reduciendo las entradas en la academia y engordando sus bolsillos. El negocio de la belleza empezó de capa caída y las demandas de los hijos de Lucy estaban creciendo; los gastos del colegio eran contundentes y los ahorros limitados. En este punto de su vida, las cargas económicas eran superiores a las angustias del desplazamiento que años atrás había vivido. Lo que Lucy quería era estabilidad y sabía que iba a costar mucho.

Durante sus años de relación con su nueva pareja, Lucy no sospechó nada, sin embargo, la rebeldía de una de sus hijas empezó a encender alarmas sobre algún aspecto aterrador que con el tiempo salió a luz. Este supuesto “maestro” había demostrado ser un abusador silencioso que tapaba con una mano (entregando todo el dinero que trabajaba) lo que hacía con la otra, que era: acosar a su hija. Lucy, con el dolor que esto significó, terminó la relación después de mucho tiempo de concatenar las expresiones de su hija. Luego supo algo peor: no había sido sólo a su hija sino también a sus otros dos hijos. Entonces, le deseó la muerte, le maldijo con Biblia en mano, le reprendió como un demonio y el dolor que sintió lo comparó con la muerte propia. Sus tres hijos, sus joyas a los que prometió jamás abandonar y permitir que les hicieran daño, habían convivido con el mal en la casa.

¿Se define un/a desplazado/a por un solo hecho histórico, social o político? La vida es una marcha incesante de revelaciones satisfactorias como aterradoras. En general, las víctimas de desplazamiento forzado terminan siendo víctimas de otras dinámicas sociales: el abuso, el acoso, la amenaza, el hambre y la angustia, por mencionar algunas. Todos los/as seis entrevistados/as exponen otras barbaries a las que ellos/ellas o sus familiares fueron sometidos; la confianza que recobraron en los primeros años de instalación en la ciudad fue maltratada por situaciones personales que, aunque no se repiten en todos y todas, sí causan pérdida de la fe en la voluntad de superación. El suicidio, el abandono y el maltrato intrafamiliar son actitudes que se asumen una vez se revelan hechos censurables, entre los miembros de una familia fragmentada, expulsada y desplazada.

Un punto importante dentro de la sociología del individuo recae en la incisiva mirada de las virtudes de las personas, porque en estas virtudes existe una condensación de la vida y las relaciones sociales; en estas relaciones se configura o solidifica lo común y, volvemos a repetirlo, lo común reposa en el deseo de mejorar la vida, mejorar la existencia de los/as hijos/as y de adormecer el pasado (Martuccelli, 2007).

La sociología descubrió la manera de caracterizar los individuos como personajes sociales, poniendo a consideración que la pluralidad de los actores condiciona las acciones de unos y otros. Se ha evidenciado que estudiar de manera profunda a los actores sociales revela la marcha incesante que, para el ser humano, ha significado la exploración, la conquista y, también, la derrota. Esta última aparece en los actos de despojo, de destierro y de exilio que unos individuos provocan a otros, esto es, victimarios que en algún momento de sus vidas también fueron víctimas.

Doña Lucy indicó que sentía pena por los que sacaron a su familia y mataron a sus hermanos. Algunos de ellos los conocía y terminaron “bien muertos”, una vez se habló de la paz. Una paz que ella no ha visto y que sólo ha querido garantizar a sus hijos. A veces confunde, debido a su edad, si ella salió del campo por gusto o por obligación o si, con el tiempo, esa obligación le condujo al gusto. Recuerda el olor a monte y la cagada de vaca con la que su abuelo hizo la “casa grande”. No se volvió a juntar con ningún otro hombre; más bien, se dedicó de lleno a su “arte” (como ella le llama) y cuenta con desdén los días en que “compartió cama” con sus parejas. Todos sus tres hijos son universitarios y sabe que su mayor victoria son las vidas que, aunque con tropiezos, pudo asegurar a ellos.

Incluso en la mayor de los/as entrevistados/as (la mujer de 60 años), el sueño por permanecer, por habitar con calma, es una enunciación tácita en algunas de sus expresiones, como: “Quedarnos por mucho tiempo”, “Trabajar y vivir con los nuestros”, “Echar raíces”, “Volver al lugar y que nadie nos saque”. Muestras como estas revelan que, así sea en lugares desconocidos, el anhelo recurrente es: quedarse y no salir, y si es necesario salir, que sea por voluntad propia. Son pocas las veces en las que se maldice o se ataca el recuerdo; lo más doloroso para cada quien es la negación de su esfuerzo; un esfuerzo que ha sido labrado por años durante décadas e, incluso, como muchos/as afirman, toda la vida.

Doña Lucy: De la primera homínida en caminar y la última en querer hacerlo

El Museo de Memoria de Colombia ha desarrollado desde hace unos años una campaña para reconfigurar la representación de las víctimas del Conflicto Armado colombiano. Las cuatro reuniones de sus mesas de diálogo han sido, hasta el momento, sobre la individualización de la resignificación de las víctimas y su inacabada caracterización institucional de los actores sociales del conflicto. Para este caso puntual, ¿qué cosas pueden decirse de este doloroso rótulo de desplazado/a? Se concluye y reafirma que todos/as los/as desplazados/as aquí entrevistados fueron víctimas de la estrategia de guerra conocida como “desplazamiento forzado”, pero cada uno/a de ellos/as considera que las trayectorias de vida, les ha construido diferentes, de acuerdo a la categoría de víctima que les caracteriza. Quizá esta es la gran premisa que olvidan muchos de los proyectos que avanzan desde la institución o las instituciones para la “reparación” de las víctimas. La fe en muchas de estas organizaciones se pierde cuando el mismo informante considera pueril su enfoque; no todos requieren dinero aunque, según ellos/as, nunca está de más; no todos necesitan el taller de arte o narrativa creativa; algunos ni siquiera se consideran víctimas, lo que desean es que cuenten sus hazañas personales para que otros salgan del lodo político en el que los sumergen.

De otro lado, es necesario comprender que las instituciones deben dirigir sus intenciones reparatoras hacia grupos de individuos, no hacia poblaciones enteras; ya no es suficiente decir que son desplazados por la violencia, sino “desplazadas por la violencia madres cabeza de hogar, desplazados por la violencia adultos-mayores de 50 años, y niños y niñas sin hogar desplazados por la violencia”. Lo anterior, puede leerse exagerado, pero las formas de comprender la vida social han cambiado, al punto de que las instituciones permanecen tuertas si obvian los relatos biográficos y se concentran en victimizar para “reparar”. Esto no significa que haya

que ir en contra de la manifestación espontánea de la sociedad, sino que, por el contrario, cada una de las expresiones del conflicto y sus actores revelan sus vivencias de una forma específica y hay que abordarlas de manera singular (Martuccelli, 2012).

Sin lugar a duda, el Conflicto Armado ha afectado a la población colombiana en su totalidad, de manera directa o indirecta; lo que reluce en este punto son los sentidos que se pueden brindar a las trayectorias individuales de aquellos/as que han perdido partes importantes de sus vidas; si alguien combatió contra este yugo social que significa “vivir errante”, los demás pueden escucharle y conocer sus trayectorias de vida, para que esta tarea inagotable de escuchar y visibilizar a las personas en sus logros, sus propósitos y sus estrategias de vida, les ayude a eliminar el rótulo que los/las persigue.

Se hace imposible para los/as informantes el ser identificados/as como desplazados/as por esta sola variable, o constante, de sus vidas. Se insiste en que la reparación no es sólo para ellos/as, pues quien comete un crimen o destierra a su similar debe ser también reparado psicológica, individual y contextualmente. En palabras breves, la reparación debe ser siempre colateral. En las narrativas de las víctimas y los victimarios se observa una concepción cíclica en sus conductas, que reúne expresiones, como *“Yo no quería, pero me tocó”, “A ellos los conocía, pero me di cuenta que estaban haciendo daño”, “Yo tomé las armas para defender a mi familia”*. Esto da cuenta de que aquellos que iniciaron como víctimas continuaron como victimarios y viceversa, o que quienes eran victimarios perdieron familiares y amigos de manera violenta y cruel y prosiguieron victimizando a otros.

Los lazos entre las experiencias de los individuos y los grandes cambios de la sociedad, o los cambios estructurales de la sociedad y las trayectorias de vida, trascienden la singularización de las narrativas, consolidadas en las entrevistas, y crean un punto común ficticio (pues se reúne en una sola persona) pero con las experiencias personales y sociales reales y sentidas de cada individuo. Cuando se

promete protección en la identidad a un individuo que cuenta su historia, una historia marcada por la violencia y en ocasiones el arrepentimiento, se posibilita el arrojamiento simbólico del dolor y la selección de lo importante para cada actor social.

El Conflicto Armado en Colombia ha significado una mayor consciencia del territorio y la emergencia de un Estado-Nación. Las personas que habitan este país han sido testigos de las cifras del desplazamiento, de las cuales las mujeres son las principales víctimas, y de un crecimiento urbano rampante. La ciudad se configura como el lugar de apoyo; el lugar que debe garantizar la protección y la tranquilidad a los/as desplazados/as por la violencia, sea por un corto o largo tiempo. Las historias de mejoramiento individual de los/as desplazados/as confirman que caminando se conoce la realidad social y que el deseo de dejar de vagar o caminar inicia cuando se observa de lleno la pobreza, la tristeza y la violencia. Silenciar o negar las alternativas y estrategias de vida de los que han sido afectados por el conflicto significa silenciar la reinención de la vida.

Son 60 años de la sociología en Colombia, 60 años de violencia y 60 años de historias como la de Doña Lucy y otras más que esperan ser representadas de múltiples formas para desvanecer el recalcitrante rótulo de “víctima”. ¿Quiénes eran ellos/as antes del conflicto? ¿Qué hacen después del conflicto, cómo llevan la vida y qué desean? Doña Lucy reúne seis historias de victimización, pero también de lucha que reclaman su visibilidad de la superación del conflicto. Se edifican como historias dolorosas y tormentosas, pero también como ejemplos de progreso (Bello, 2014).

Doña Lucy invita a pensar dos veces el negarse a caminar, también refuerza el agradecimiento a sus extremidades inferiores por lo que le permitieron. Señala que debemos ser más conscientes de la maravilla de poder pararnos y andar sin presiones, solo por amor a la movilidad, un regalo que la tierra dio a Lucy (la primera homínida en caminar erguida), permitiendo instalarse en su territorio con el pecho en alto y alzar su mirada, evidenciando una de las mejores hazañas evolutivas; una habilidad que nos recuerda que el caminar también pone nuestras ideas lejos del suelo, elevándolas y proyectándolas, aunque implique, en ocasiones, ausentarse de la vida planeada.

Referencias

- Arias, D. (2006). Desplazamiento forzado y reconstrucción de identidades. Martha Nubia Bello. Ministerio de Educación Nacional, ICFES, 2001. *Trabajo Social*, 8, 167-170. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/tsocial/article/view/8506>
- Bello, M. (2019) Entrevista con Martha Nubia Bello Albarracín. *Revista Trabajo Social*, 21. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/tsocial/article/view/79595>
- Bello, M. (2006) Investigación y desplazamiento forzado: reflexiones éticas y metodológicas. Red Nacional de Investigación. Colciencias.
- Bello, Martha [Editor]. (2004) Desplazamiento forzado: dinámicas de guerra, exclusión y desarraigo. Universidad Nacional de Colombia. ACNUR.
- Bello, M. (2014) Aportes teóricos y metodológicos para la valoración de los daños causados por la violencia / Martha Nubia Bello Albarracín. Centro Nacional de Memoria Histórica.
- Bello, M. y Villa, M. (2005) El desplazamiento en Colombia: regiones, ciudades y políticas públicas. Red Nacional de Investigación.

- Centro de memoria histórica (27 de junio de 2020). Machuca: más allá de la violencia. [Audio podcast]. <https://centrodememoriahistorica.gov.co/podcasts/machuca-mas-alla-de-la-violencia/>
- González, A. (2015). Del desplazamiento forzado interno en Colombia a la migración transfronteriza hacia Ecuador. *Estudios Políticos*, 47. Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia, pp. 177-197. <https://revistas.udea.edu.co/index.php/estudiospoliticos/article/view/23362>
- Nobile, M. y Ferrada, R. (2015) Entrevista a Danilo Martuccelli. La singularización en las sociedades contemporáneas: claves para su comprensión. *Propuesta Educativa*, 43(1), pp. 99-112. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=403041714010>
- Suárez, H. (2003). Desarraigo, despojo y orden social. A propósito del desplazamiento forzado en Colombia. *Le Monde diplomatique*, 13, pp. 10-11.
- Martuccelli, D. de Singly, F. (2012) *Las sociologías del individuo*. Lom Ediciones.
- Martuccelli, Danilo (2007) *Cambio de rumbo: la sociedad a escala del individuo*. Lom Ediciones.
- _____ (2010) *¿Existen individuos en el sur?* Lom Ediciones.
- _____ (2007) *Gramáticas del individuo*. Losada.
- _____ (2019) Conferencia la sociología a escala del individuo. [Video] <https://www.youtube.com/watch?v=L4ojvIFMuE4>
- Molano, A. (2001) *Desterrados*. Crónicas del destierro. Áncora.